

Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña

Por Manuel Rueda

Los centenarios de los grandes hombres no deberían aludir nunca a la muerte, sino al nacimiento. Celebrar el nacimiento es aceptar la vida como un don al que debe dársele sentido. La vida de Pedro Henríquez Ureña nos habla de ese proceso, de esa oportunidad que se nos ofreció para fortalecernos en el conocimiento, en la lucha contra la opresión y la barbarie. Pedro Henríquez Ureña es el primer gran ensayista que poseemos. Antes de él tuvimos hombres de pensamiento, como Antonio Sánchez Valverde, José Ramón López, Francisco Bonó y otros que inquietaron la conciencia nacional tanto en el púlpito como en las columnas del periódico, tanto en las barricadas como en las aulas, pero todos quedaron limitados a su rol de precursores. Si don Francisco Henríquez y Carvajal, el padre, aportó la inspiración científica, doña Salomé Ureña de Henríquez, la madre, debía transmitirle las inquietudes artísticas. Dos preocupaciones que habrían de sostenerlo a lo largo de sus afanosas búsquedas se dan en él, por primera vez entre nosotros, con una coherencia que debía, por un lado, humanizar el conocimiento científico y, por el otro, disciplinar los ideales románticos.

No es un hijo de los trópicos en el sentido convencional del término. Lo sería plenamente, en cambio, si atendiéramos a mucho de lo que deja sin decir, pero que permanece implícito, en cuanto a la influencia del clima se refiere, lo que no dice porque su propia procedencia está en juego, o sea esa peculiaridad de las tierras cálidas que actúa como acicate y freno al mismo tiempo de un concepto generalizado de exuberancia.

Ese condicionamiento del clima que nos sustrae a las habituales, y en cierto modo artificiales, divisiones de zona templada y zona tórrida, con sus alternativas de llanura y montaña, nos ha dejado siempre ante los ojos despectivos de las naciones "bien organizadas" (así las pone él, entre comillas) como gentes de vida primitiva, salvajes no tanto por las condiciones naturales cuanto por la desnudez e impudicia de las emociones. La imagen, si atrayente en el plano físico, es anatema para el espíritu. Pedro Henríquez Ureña se vio a sí mismo como centro ejemplarizador de la controversia, razón por la que trató de conjurar los dictámenes semánticos de esa palabra que es como distintivo de los hijos del trópico: exuberancia. La exuberancia como verborrea y la exuberancia como fecundidad son los extremos que analiza; de un lado la que se expresa a través del estallido, gama cromática, lujuriantes contornos de un mundo en constante erupción que crea la vida y la destruye por medio del exceso; por el otro, esa especie de fuente interior de donde manan los orígenes, la diversidad de las categorías.

Al trópico visto como acicate, le ha faltado el complemento del trópico visto como freno, amparado en las leyes de la compensación y la preservación. Así, en los estrechos límites de una isla, se ven vivir juntas todas las rebeliones vegetales (para decirlo con palabras de Héctor Incháustegui Cabral) con los ascetismos del yermo, las retóricas sangrientas del flamboyán en los valles intermedios con el cilicio del cambrón afinado en el puro hueso de la tierra, que es el norte caliente, hecho de soledades y alucinaciones que lo colocan en la antesala del otro mundo.

Entre la exuberancia de palabras y hechos, nuestro hombre de letras encarna otra posición, no por novedosa menos certera, que es la del preservador, la del que acumula y controla su herencia, dueño de sus excesos y de sus carencias, características no ya de una tierra o de un clima o de un conglomerado humano, sino de una raza con su especial concepto de cultura.

Con Pedro Henríquez Ureña el trópico se transfigura. Si, como ya hemos dicho, en él se aúnan el espíritu científico del

padre y la concepción idealista de la madre, lo vemos abrirse paso en su primera juventud hacia una comprensión muy especial del arte y de las investigaciones históricas, que ya no habría de abandonar. Su lucha, más que con la naturaleza dentro de la que se siente armonizado hasta la plenitud, se realiza con las limitaciones del medio ambiente; es una lucha a muerte contra la ignorancia y la estrechez de miras. Por ello, la salida para él no está en la poesía, refugio del subjetivismo, muro de las lamentaciones del nacionalismo maltrecho; Pedro Henríquez Ureña se decide por la prosa -ensayo y periodismo- como un medio de afinar su peregrinaje, de alcanzar, por el conocimiento, una nueva noción de patria-magna patria- a través de percepciones complementarias de realidad y cultura

Para cierto chauvinismo, por desgracia demasiado frecuente, Henríquez Ureña fue el desertor, el que abandonó la patria a muy temprana edad para no volver, con la excepción de dos breves visitas frustratorias. Se ve en su extrañamiento una decisión autoimpuesta, hija del desamor, cuando en realidad significó todo lo contrario. Quien estudie su obra, el cuerpo de su pensamiento que por desgracia está diseminado en páginas pertenecientes a diversos tópicos y épocas, entenderá el proceso integrador que lo anima y que pasa de la energía nativista y de la impronta nacional, que él bifurca en espontánea y superior, hasta llegar a la plasmación última de lo americano. En carta del 1941 dirigida a su prima Flérida de Nolasco encontramos un párrafo por el que sabemos que entendió a fondo su situación como dominicano y como intelectual de su época.

‘Yo debo a Santo Domingo la substancia de lo que soy: claro que aquellos eran otros tiempos, tan sorprendentes para quien compara con países extranjeros, que no creo que allá se den cuenta. Para quien compara, digo, y descubre que en países extranjeros se sabrá cuantitativamente más, pero no cualitativamente mejor. Pero todavía se puede hacer mucho’.

Podemos llamar al suyo un dominicanismo trascendente, ya que su ideal de patria chica lo lleva a colocarla como cimientito de una nueva categoría. Estamos ante un proceso transformador de índole espiritual, ante una auténtica forma de humanismo en la que patria e historia van a ayudarlo a trascender lo fronterizo sin dejar de proveer los fundamentos necesarios. Cuando en innumerables ocasiones habla de "mi patria" no la limita a una realidad geográfica, a un esquematismo romántico, sino que la convierte en prefiguración de todas las libertades continentales que fueron incubadas en la sumisión colonial y las etapas subsiguientes que llama de "independencia cautiverio y resurgimiento" y a las que deben agregarse sus ideas sobre los países dependientes y las dictaduras.

Además, en esa su noción de magna patria, más realidad espiritual que utopía, Pedro Henríquez Ureña integra no sólo un concepto superior de americanismo, sino que aboga, sin desaprovechar las naturales diferencias, por una unidad cultural basada en la unidad lingüística.

Es necesario repetir que la distancia y el autoexilio no empañaron en él la intensidad del amor patrio. Su talento de investigador lo hizo contar siempre con la perspectiva; de lejos nos amó más debido a que nos conoció mejor. En otros artistas la proximidad es generadora de experiencias, ya que el trato diario les agudiza la observación, en cambio él fue un amante de características platónicas. Mejor diríamos que él difirió la pasión por el conocimiento y el afán de servicio. La presencia no lo tentó de la misma manera que la prueba documental; su patria fue algo salvado para la investigación, a la que se remitió siempre aún en aquellos casos que lo atañían directamente.

No fue, por ello, un talento melancólico -de esos que, según la teoría climatológica que expuso, prosperan en las altiplanicies peruanas o mexicanas- sino el hombre de la razón, producto de un trópico contradictorio, de una antillanía que asumió en la Conquista roles continentales, de una tierra donde para sobrevivir el hombre debe interponer el intelecto como gobierno y herencia de roles históricos impostergables. Y esa falta de melancolía, de énfasis en lo íntimo, lo llevó a ser un estoico, le abrió las rutas al pedagogo y al humanista. Por momentos -estamos en 1909- dirige su mirada al ámbito

materno, determinante de sus nostalgias y fidelidad patrióticas, y ve a la tía Ramona Ureña, a la que hace llegar versos conmovedores con las imágenes de su desaliento (poema 'Intima'); y ve también la casa de las hermanas Feltz donde su espíritu se templó con la lectura de los clásicos y en especial con sus dos devociones: Shakespeare e Ibsen. A Leonor le escribe en carta ya famosa:

“La adolescencia entusiasta, exclusiva en el culto de lo intelectual, taciturna a veces por motivos internos, nunca exteriores, desapareció para dejar paso a la juventud trabajosa, afanada por vencer las presiones ambientes, los círculos de hierro que limitan a la aspiración ansiosa de espacio sin término. Antes tuve para el estudio todas las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los días alcióneos.’

Es la hora de abandonar la poesía para desbrozar su propia trayectoria. Quedarán olvidados sus proyectos líricos, que la mano providencial de Don Emilio Rodríguez Demorizi salvó para la posteridad, recogiénolos de publicaciones sueltas, en un pequeño volumen editado por ediciones Espiral, Colombia 1949. Poesías que todos elogian, hasta el severo Américo Lugo que le profetiza la fama y entre las que ya se ha señalado una, “Flores de otoño,” como precursora del modernismo en la República Dominicana. Y no debemos olvidar ese intento de recreación del teatro griego que es “El nacimiento de Dionisos,” obra que data de esa misma época y que publica en la Revista Moderna de México en 1915, reeditándola al año siguiente en New York (Imprenta de Las Novedades). Pero las formas de creación serán abandonadas para siempre, salvo el paréntesis mexicano de “Los cuentos de la nana Lupe” y de uno que otro cuento que no aparecen en las Obras Completas compiladas por Jacobo de Lara, como “Ríe payaso” (1906, en colaboración), “Por el mismo camino” (1913), “Eramos cuatro” y “El hombre que era perro,” (ambos de 1925).

De aquí en adelante Pedro Henríquez Ureña se trazará una meta de servicio al ideal americanista. Sus palabras son tajantes

al respecto y valen como una declaración de principios:

“El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual.”

Y ésto en boca de un hombre de cultura enciclopédica, maestro de maestros en las nuevas corrientes del pensamiento americanista, es de por sí revelador.

Para atender a ese reclamo interior se dedica a devolver a su país, en ensayos ricos de documentación, su sitio de preeminencia como asiento y puente de cultura entre la antigua metrópoli y las tierras recién colonizadas. Además asume el rol de acusador de las potencias que realizan el despojo de los pueblos débiles a raíz de la ocupación militar de los Estados Unidos a la República Dominicana, en 1916. Los artículos se suceden en defensa y exaltación de los derechos y valores de la patria. Ningún mérito de nuestro pasado o nuestro presente deja de ser utilizado en defensa de la soberanía nacional. Se ocupa de Manuel de Jesús Galván y de su “Enriquillo,” de las ‘Fantasías indígenas,’ de José Joaquín Pérez, de “Galarippos” de Gastón Deligne, a quien admira por sus poemas mayores, aunque a los reparos que opone a la selección del libro y a ciertas durezas del estilo le responden voces hostiles que dejan entrever por trasmano los resentimientos del poeta. Escribe ensayos sobre la Trilogía de Federico García Godoy, se ocupa de la edición española de las poesías de su madre, a la que dedica escasos párrafos de una objetividad demasiado consciente que lucha por no dejar aflorar la adjetivación admirativa, se cartea con muchos dominicanos a los que ofrece sus orientaciones, entre ellos cabe mencionar algunos historiadores sobresalientes como Emilio Rodríguez Demorizi, Máximo Coiscou y Pedro Troncoso Sánchez; consigue que la editorial chilena Ercilla acepte y publique el libro de doña Flérida de Nolasco “De música española y otros temas”; más adelante siente la inquietud de las nuevas corrientes: cita a Moreno Jimenes, pregunta por Manuel del Cabral y por Héctor Incháustegui Cabral, en quienes ve un gran porvenir.

Sería imposible en esta ocasión rastrear en la obra del humanista y patriota las ocasiones en que su pluma vibró con el orgullo de lo dominicano. La especie de que se extrañó por desamor a su tierra apenas si se sostiene en pie; es fórmula defensiva de la tiranía a la que no quiso sacrificar ni su labor ni su dignidad personal. También los que asumen el yugo y la desesperación como ocultamiento de sus derrotas pueden ver en su ubicuidad territorial (Nueva York, México, Cuba, España, La Argentina) una especie de ofrenda afectiva, de huida permanente a los reclamos de la patria chica. Esos ven al artista y al educador a través de prismas empuñados, podríamos decir que demasiado caseros.

Pedro Henríquez Ureña no abandonó su patria porque siempre la llevó consigo; andando el tiempo debía convertírsele en soledad y sufrimiento, y más que eso: en germen de esa patria magna o infinita que deseó para todos nosotros, los de este lado del mar, hombres de cultura universal pero, eso sí, lo suficientemente diferenciados como para darle una nueva y deslumbrante significación.

Junto a las acusaciones de desamor del hijo por el terruño ha corrido otra: de la ingratitud del dominicano hacia su obra y su persona. Ambas son acusaciones hijas de la exuberancia emocional no controlada, o utilizada para fines políticos de diferentes bandos. Calles, estatuas y una Universidad que lleva su nombre, además de devociones personales a toda prueba, nos hablan del reconocimiento general. En cuanto a su obra, ella será leída y reverenciada en una escuela donde el libro sea el colaborador indispensable de la educación, y me refiero al libro vivo, no al manual muerto. Por tanto, la gloria espiritual del maestro será obra del futuro, cuando la nacionalidad sobrepase las luchas territoriales o los confrontamientos raciales, cuando ser dominicano sea quedar en libertad para trascender el cerco geográfico para vivir junto a los demás pueblos en igualdad de justicia y en la armonía de una paz y un progreso compartidos.